

# Palacio Vergara: élite y arquitectura en Santiago a fines del siglo XIX<sup>1</sup>

## Vergara's mansion: élite and architecture in Santiago in the late 19<sup>th</sup> century

Solène Bergot  
solene.bergot@unab.cl  
Universidad Andrés Bello

Enrique Vergara  
enrique.vergara@udp.cl  
Universidad Diego Portales

Marcelo Vizcaino  
marcelovizcaino@gmail.com  
Universidad Diego Portales

---

**RESUMEN** – A través de este artículo se presentan los resultados preliminares de una amplia investigación sobre élite y visibilidad durante la *belle époque* en Chile, tomando como punto de referencia al palacio como objeto de distinción social y su impacto en la conformación de nuevos barrios para la clase alta durante la segunda mitad del siglo XIX en Santiago, Chile. A partir del caso del palacio Vergara, construido alrededor de 1870, se analiza la arquitectura como referente simbólico de representación social de la élite y su relación con la especulación inmobiliaria, la que dio origen al sector conocido como “Alameda sur poniente”, poniendo de manifiesto estrategias urbanísticas ligadas a la segregación física y simbólica entre los grupos sociales.

**Palabras clave:** élite, arquitectura, urbanismo.

**ABSTRACT** – This article presents the preliminary results of an extended research about the élite and visibility during the *belle époque* in Chile. The palace as an object of social distinction and its impact on the creation of new neighborhoods for the upper class during the second half of the 19<sup>th</sup> century in Santiago, Chile, has been used as reference point. Starting with the case of the Vergara mansion, built around 1870, architecture is analyzed as a symbolic example of social representation of the élite and their relation with real estate speculation. This gave rise to the sector known as “Alameda sur poniente” (South-West Alameda) and showed urban strategies connected to the physical and symbolic segregation of social groups.

**Keywords:** élite, architecture, urbanism.

---

### Introducción

El palacio Vergara, construido durante la década de 1870, tuvo un protagonismo central en el desarrollo y consolidación de un barrio que congregó a buena parte de

la élite chilena durante la segunda mitad del siglo XIX.<sup>2</sup> En este sentido, este caso constituye un ejemplo notable de estrategias especulativas que merecen ser estudiadas en profundidad, ya que muestran una élite que actúa activamente en el marco urbano y simbólico, otorgando a

---

<sup>1</sup> Este artículo forma parte del proyecto FONDECYT Regular n.1130457, “Elite y visibilidad en la Belle Epoque chilena. Artes decorativas y arquitectura como dispositivos de distinción social”. En este estudio participan, además de los autores, los co-investigadores Claudio Garrido y Tomas Ariztia, y las ayudantes de investigación Javiera Robledo y Javiera Castro.

<sup>2</sup> En el contexto de este artículo, se entenderá por élite el “sector social que, ya fuera por su capacidad económica, por su estatus, por su influencia en la vida política o por las funciones públicas que pudiera desempeñar, constituye un estrato que participa de una situación de privilegio en un marco geográfico determinado” (Ponce y Amadori, 2008). En el caso específico de Chile, habría que agregar que, según María Rosaria Stabili, la élite estuvo caracterizada por la posesión de ciertos apellidos, de tierras cultivables (haciendo o fundo) y de antepasados que actuaron en favor de la Independencia nacional. Ver Stabili (2003).

la materialidad y la visualidad claves de presentación y representación social.<sup>3</sup> De esta forma, la chacra Vergara, sobre la cual se edifica un palacio para luego ser loteada para levantar nuevas residencias, plantea varios aspectos íntimamente relacionados que condicionaron el desarrollo del sector conocido como “Alameda sur poniente”. Por una parte, se trata de la edificación de una imponente residencia familiar de estilo neoclásico, referente cultural de las élites cosmopolitas de la época —en contraposición a las élites coloniales—, lo que hacía posible la distinción en el contexto local y la apropiación de referentes estéticos validados a nivel internacional. Por otra parte, este caso responde a una operación inmobiliaria exitosa y especulativa. Por último, esta vinculación entre arquitectura y desarrollo urbano traza los primeros indicios de una cultura de consumo que le otorga a la materialidad y visualidad de la vivienda y los objetos decorativos un significado estatutario, lo que supone una nueva forma de concebir la relación entre riqueza, prestigio y su referente material en el espacio público, afectándolo y construyéndolo bajo nuevas claves de urbanismo moderno.

A partir de este caso, se pretende demostrar la relación entre un objeto arquitectónico y sus significados sociales, culturales y económicos. De este modo, se da cuenta en un primer momento del contexto urbano de Santiago entre 1855 y 1880, para luego abordar la conformación de los terrenos que se fueron loteando después de la construcción del palacio, mostrando así la evolución del precio del metro cuadrado. Finalmente, se analiza la consolidación y las características arquitectónicas del barrio, que se desarrolla en función de la propuesta estética del palacio que lo sitúa como un objeto de significación social.

### Contexto y proceso de urbanización de Santiago (1855-1880)

La segunda mitad del siglo XIX presentó un proceso de urbanización acelerado de la ciudad de Santiago debido en gran parte a la industrialización y a la fuerte migración rural. El aumento de la población de la capital, de aproximadamente 67.439 habitantes en 1835 a 129.807 habitantes en 1875, luego a 256.403 en 1895 (De Ramón, 2000, p. 185), se dio a la par con cambios estructurales que se tradujeron en una mayor estratificación social, lo que llevó a modificar los patrones urbanísticos de la ciudad.

Esto se dio a partir de un doble mecanismo promovido por la élite emergente en Santiago. Por una parte, desde la década de 1840, el poder ejecutivo a nivel nacional y municipal promovió una política de compra de terrenos alejados del centro de la ciudad sobre los cuales se edificaron áreas verdes (Quinta Normal) y espacios de uso militar (Campo de Marte), determinando de esta forma la planificación de los ejes de desarrollo de la ciudad y revalorizando los terrenos comprendidos entre estos nuevos espacios urbanos y los límites efectivos de la ciudad. Por otra parte, los particulares, mayoritariamente miembros de la élite santiaguina, empezaron a lotear sus fundos y chacras para crear nuevos barrios, contribuyendo a los costos de infraestructura como pavimentación, agua potable o alumbrado público, pero activando también mecanismos de segregación espacial inéditos hasta las primeras décadas de la República, en una ciudad donde los distintos grupos sociales convivían mezclados (De Ramón, 1985; De Ramón, 2000, p. 139-145).

A la par con los mecanismos especulativos, esta estrategia respondió a un deseo de diferenciación que permitió visualizar y consolidar la posición hegemónica de la élite sobre la sociedad en el plano político, económico y cultural, así como en el plano simbólico. En este sentido, la construcción de “palacios”, es decir, de marcos de vida que rompieron con la tradición colonial de la casa con patio y que adoptaron, no sin un proceso de aculturación, referentes arquitectónicos neoclásicos y eclécticos, constituyó un símbolo de estatus destinado a visibilizar la pertenencia de una familia a un cierto sector de la sociedad, con el cual compartía un estilo de vida, un conjunto de valores y coincidentes referentes culturales y artísticos. A este respecto, no deja de ser curioso que no exista una definición de qué puede considerarse o no un palacio, aunque la aplicación del término “palacio” parecía anteceder a su construcción, lo que permite especular que, como clasificación, no contaba con ningún parámetro medible más que el uso del rótulo atribuido por el mismo grupo social, y que fue ratificada en constantes menciones de prensa, literatura y avisos comerciales, entre otros.<sup>4</sup> Los palacios en este contexto vinieron a configurar un nuevo escenario en el tratamiento de la relación entre poder, materialidad y ciudad, lo cual impactó, de manera operacional, en una nueva relación con el suelo.

Estos palacios, cuya tipología es mucho menos estudiada que la de las viviendas populares,<sup>5</sup> se com-

<sup>3</sup> A este respecto, es importante destacar que son muy pocos los autores que hacen referencia a este caso sin entrar en mayores detalles de su real alcance. Entre estos autores podemos señalar los siguientes: De Ramón (1985); Laborde (2004) y León (1975).

<sup>4</sup> Por ejemplo, en una nota corta publicada en el diario *El Ferrocarril* de Santiago, del 5 de enero de 1870, se anunciaba que “el señor José Tomás Urmeneta piensa transformar su casa habitación, situada en la calle de las Monjitas en un hermoso edificio de elegante arquitectura”, que “tendrá al frente hermosos jardines” y una fachada que “será de las más bellas y elegantes”.

<sup>5</sup> La vivienda popular del siglo XIX se divide en “rancho”, “cuarto redondo” y “conventillo”. Ver: Hidalgo *et al.* (2005). Mucho más compleja es la tipología de los palacios, que muestra distintos grados de aculturación a modelos extranjeros. Por ejemplo, en su punto inicial (La Alhambra, 1860), los palacios corresponden a una vivienda exclusiva de grandes dimensiones, con uso de elementos arquitectónicos neoclásicos o eclécticos en la fachada, pero con una planta similar a la de las casas con patio. Luego, a partir de 1870, presentan una fachada neoclásica pero la distribución de los espacios interiores es parecida a la de los hoteles particulares parisinos. Luego, con la guerra civil de 1891 y la disminución de las fortunas, evolucionan hacia una vivienda mixta que incorpora un primer piso de uso comercial.

plementaron con políticas de renovación del espacio público de la ciudad y de las costumbres de la élite, que permitieron a Santiago competir con otras ciudades de Latinoamérica por el título de “París americano”. A este respecto, es importante señalar que esta transformación estuvo en sintonía con los cambios urbanísticos desarrollados durante la intendencia de Benjamín Vicuña Mackenna (1872-1875), que contó con la adhesión de buena parte de la élite local, permitiendo dotar de monumentalidad al espacio público de la ciudad, en sintonía con el modelo urbano francés expresado en el Plan Haussmann, el cual postulaba la creación de grandes paseos públicos, grandes avenidas para permitir la dispersión rápida de las marchas y la relegación a los espacios exteriores del proletariado.

Estos cambios, que se originaron en un proceso de modernización de la infraestructura y una ampliación de los límites urbanos, no quedaron plasmados en un plan regulador hasta 1960 (Plan Regulador Metropolitano de Santiago, PRMS 60), pero existe un número apreciable de mapas de la ciudad levantados durante el siglo XIX que permiten apreciar el crecimiento de la ciudad y su progresivo desarrollo de barrios. En su mayoría levantados por arquitectos franceses, o con gran influencia de la planimetría francesa, muestran una creciente precisión técnica, con levantamiento topográfico que resulta de mucho interés (Pérez, 2002, p. 15-17). Por ejemplo, en un plano topográfico de 1856, elaborado por el arquitecto Pedro Prejean, la parte principal de la ciudad se concentra alrededor de la plaza de Armas, corazón religioso y cívico-político de la ciudad colonial, en un radio de quince cuadras de oeste a este y de diez cuadras de norte a sur. Por ende, la ciudad encuentra sus límites con el río Mapocho, la Alameda, la actual plaza Italia y la calle del colegio Agustino (actual calle Agustinas). Se encuentra poco poblada entre su límite poniente y la Quinta Normal, también entre la Alameda y el Campo de Marte en su cuadrante sur-oriente, aunque urbanizada en el sentido que se encuentran delimitadas las cuadras y que las calles tienen nombres. Al contrario, el cuadrante sur-poniente, al igual que la zona ubicada al norte del río Mapocho, también conocida como Chimba, se encuentran fuera de la urbanización.

En un plano-croquis de 1863, publicado por el diario *El Mercurio*, aparecen los primeros indicios de la urbanización del cuadrante sur-poniente, con la delimitación de las primeras grandes calles entre el camino de Padura (después avenida Campo de Marte, actual Almirante Latorre) y la recién construida estación de ferrocarril, inaugurada alrededor de 1857 con la primera línea entre la ciudad de Santiago y la localidad de San Bernardo.<sup>6</sup>

Aparecen, de norte a sur, dos grandes ejes perpendiculares a la Alameda que empiezan a marcar la urbanización del actual barrio universitario: por una parte se abre la calle del Portugués (actual calle Molina), por la otra la calle Ugarte (actual calle San Ignacio). Lo interesante en este caso es que la ubicación de la calle del Portugués corresponde al límite oriente de la Quinta Meiggs, lo que nos indica un primer índice de urbanización ligada a los primeros palacios, probablemente para facilitar su acceso.

El siguiente plano, de autoría de Ernesto Ansart, es de 1875, por lo que nos permite seguir la evolución de la trama urbana, particularmente interesante en la medida que Ansart fue un cercano colaborador de Benjamín Vicuña Mackenna durante su Intendencia y que su plano muestra los efectos de la transformación de Santiago. Sin embargo, tratándose de un período de intensa urbanización, el hecho de no contar con más planos entre 1863 y 1875 constituye un importante impedimento para medir los avances de la trama urbana. No obstante esta limitación, en el caso del cuadrante sur-poniente de la Alameda, se advierte la construcción de ejes perpendiculares y paralelos a esta avenida, lo que, unido a la apertura de la calle Ejército —pensada por Vicuña como un boulevard—, intensificó el proceso de urbanización del barrio, promoviendo de esta forma la migración de familias de élite en este sector. Otro aspecto a destacar es el hecho de que bajo la intendencia de Vicuña Mackenna se completa el hermooseamiento de la Alameda entre la calle San Francisco y la Estación Central, lo que aumenta el valor de los terrenos de la avenida principal de la capital. En este sentido, el aumento del número de palacios ubicados en la Alameda a partir de la década de 1870, con terrenos de mayores extensiones que los que se ubican en las manzanas históricas de la ciudad, nos indica una disponibilidad de terrenos más amplios por ser menos urbanizados y más baratos, pero con alta proyección de rentabilidad.

### El caso de la chacra de Francisco Vergara Rencoret<sup>7</sup>

La chacra Vergara pertenece a la familia que le dio este nombre, desde su adquisición en 1828 por Francisco Vergara Sepúlveda. Al igual que sus vecinos, Vergara vendió la franja sur de la propiedad al Estado chileno en 1843, para permitir la creación del Campo de Marte (futuro Parque Cousiño). Esta fue la primera operación que permitió ver a los dueños del sector el aumento de valor de sus terrenos. Luego de la muerte de Vergara en 1854, la chacra fue adjudicada a su esposa Rosario Rencoret Cienfuegos,<sup>8</sup> empezando un proceso de loteo en 1863 que

<sup>6</sup> No existe un consenso sobre la fecha exacta de la inauguración, que oscila entre 1856, según Recaredo Santos Torner en *Chile Ilustrado* (1872), y 1861, según Benjamín Vicuña Mackenna en su *Plan de Transformación de Santiago* (1872).

<sup>7</sup> Francisco Vergara Rencoret (1830-1896). Abogado, agricultor y diputado por Talca para el período 1864-1867 por el partido Liberal. Se casó con su prima, Albina Vergara Donoso, con quien tuvo 20 hijos y de la que envió el año 1871.

<sup>8</sup> CBR, Santiago, vol. 2, fs. 234, n. 601. La chacra se adjudicó contra la suma de 56.741 pesos.

duró hasta 1871. En el transcurso de esta operación, en 1864, vendió una parte de la chacra (casa incluida) a su hijo, Francisco Vergara Rencoret, por la suma de 29.597 pesos chilenos. Tres años más tarde volvió a vender a este mismo hijo otros sitios de la chacra, por un total de 9.075 pesos, quedando todavía algunas parcelas en su poder.<sup>9</sup> Si bien los documentos notariales de la época indican siempre las calles y los dueños de los terrenos que rodean la propiedad que se adquiere, no siempre presentan una ubicación exacta o un cálculo de la superficie, datos vitales para entender el desarrollo del tejido urbano de la época. Sin embargo, podemos establecer que la chacra Vergara ocupaba un cuadrante que tenía por límites la Alameda, la calle Castro, la calle Carreras y el Campo de Marte. En manos de Francisco Vergara y de Rosario Rencoret, ya pasó por una primera fase de urbanización puesto que se abrió el callejón Vergara, que no era más que un sendero rural en sus inicios, alrededor de 1860 (León, 1975, p. 83). Por otra parte, una primera fase de loteo, que implicó 39 transacciones entre 1863 y 1865, permitió afinar estos avances, puesto que los documentos dan cuenta de la creación de una nueva calle perpendicular a la Alameda (calle de Rencoret, actual Ejército Libertador) y de varios ejes paralelos, que por ser todavía muy secundarios, solo se numeran. En último lugar, obtenemos algunos primeros datos sobre las superficies de los lotes enejados (entre 591,3 m<sup>2</sup> y 11.625,8 m<sup>2</sup>) y sobre el precio del m<sup>2</sup>, que oscila entre 0,37 pesos/m<sup>2</sup> y 2,2 pesos/m<sup>2</sup>, con una tendencia poco marcada, probablemente por la falta de datos seriales.<sup>10</sup>

Hacia 1870, Francisco Vergara Rencoret destruyó la casa original para levantar en su lugar un palacio de estilo neoclásico, ubicado en la avenida Alameda esquina de la calle Vergara.<sup>11</sup> A raíz de la construcción, Vergara procedió a lotear los terrenos alrededor del palacio, hasta 1890, fecha a la cual aparece registrada la última venta. El Conservador de Bienes Raíces guardó registro de 25 transacciones entre 1871 y 1890, con dos series de compras claramente identificables. En una primera serie de 12 transacciones realizadas en 1871, se trata de sitios “eriazos” o no construidos de distintas superficies (entre 767 m<sup>2</sup> y 4.093 m<sup>2</sup>), ubicados en las calles Vergara y de Rencoret, o en los ejes perpendiculares (calle del Tres, calle del Cinco, calle del Seis, calle del Siete). El precio de venta del m<sup>2</sup>

en estas transacciones varía entre 0,79 pesos y 1,54 pesos, con una serie de cuatro compras en 1,20 pesos/m<sup>2</sup>, lo que no representa un precio mayor en relación con otros puntos periféricos de la ciudad en el mismo período.<sup>12</sup> Una segunda serie se vendió en 1874 (5 sitios), también de sitios eriazos en las calles Vergara y de Rencoret (ya renombrada Ejército Libertador), con superficies entre 889 m<sup>2</sup> y 3.558 m<sup>2</sup>. Lo interesante en este caso es que el precio de venta por m<sup>2</sup> aumentó considerablemente, girando alrededor de 12,7 pesos. Si en 1871 podemos pensar que el barrio presentaba un aspecto muy rural, las ventas de 1871, acompañadas por la construcción del palacio, dinamizaron las manzanas al punto de multiplicar por 10 el precio del m<sup>2</sup>. Para las transacciones restantes, ya no son solos sitios, sino que aumenta el número de casas en venta, pero la ausencia de datos sobre las superficies no nos permitió calcular el precio del m<sup>2</sup>, aunque podemos suponer que siguió aumentando.

Sin duda, el éxito económico del procedimiento permite pensar en el palacio como la gran proclama que condensaba a la arquitectura como un nuevo paradigma



**Figura 1.** E. Garreaud, “Alameda”, c.1875, CENFOTO-UDP.

**Figure 1.** Garreaud’s photography, “Alameda”, c.1875, CENFOTO-UDP.

<sup>9</sup> CBR, Santiago, vol. 19, fs. 100-101, n. 294. Estos sitios, más una manzana, sumaban alrededor de 15.580 m<sup>2</sup>.

<sup>10</sup> El precio promedio del año 1863 es de 2,2 pesos/m<sup>2</sup> (una transacción), 0,75 pesos/m<sup>2</sup> para 1864 (siete transacciones), 1,05 pesos/m<sup>2</sup> para 1865 (siete transacciones) y 0,57 pesos/m<sup>2</sup> para 1868 (una transacción). La crisis vivida por Chile a raíz del conflicto con España puede explicar la bajada en el precio del m<sup>2</sup> observada en 1868.

<sup>11</sup> Según da cuenta el historiador Juan Mujica, la residencia tenía más de 60 habitaciones y fue inaugurada con una “suntuosa fiesta” que contó con la presencia del presidente de la República, lo que hace suponer que este evento social pudo servir de promoción del nuevo barrio dentro de la élite. Ver: Mujica (1980, p. 385). El palacio, del cual no se han conservado planos, quedó en manos de la familia hasta la muerte de Francisco Vergara Rencoret en 1896. Fue adjudicado en 1897 a su hijo Ruperto Vergara Vergara (CBR, vol. 139, fs. 722, n. 1066), que lo vendió este mismo año a Domingo Gamboa por la suma de 139.000 pesos (CBR, vol. 139, fs. 723, n. 1067).

<sup>12</sup> Por ejemplo, los terrenos de las poblaciones del norte de la ciudad costaban alrededor de 1,50 pesos/m<sup>2</sup> entre 1863 y 1872, pero alcanzaban 2,50 pesos/m<sup>2</sup> para la población Goycoolea, situada cerca del cerro San Cristóbal. En cuanto a la población Ugarte, ubicada en las cercanías de la Estación Central, sus terrenos valían alrededor de 1,30 pesos/m<sup>2</sup> en 1863. Ver: De Ramón (1985, p. 275-276).



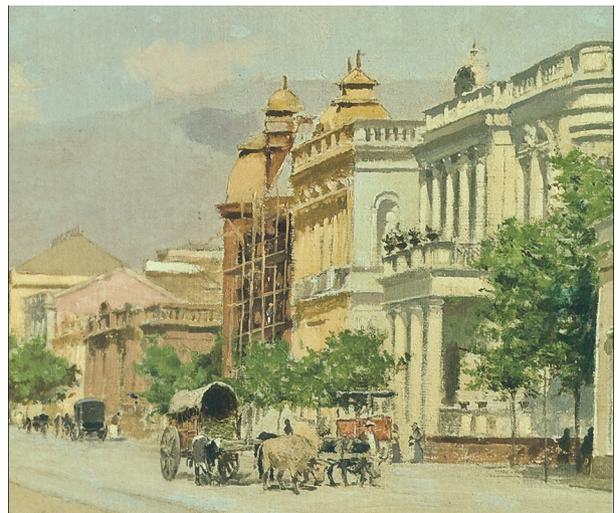
esc 1/250

**Figura 2.** Reconstrucción gráfica de la fachada del palacio Vergara, sobre la Alameda.  
**Figure 2.** Drawing of the elevation of the Vergara palace at Alameda Street.

para la ciudad en expansión. De hecho, una fotografía de alrededor de 1875 (Figura 1) muestra que el contraste de la residencia Vergara con su vecino (que más tarde se demolió para construir el palacio Aldunate) no estaba solo en el tamaño, sino fundamentalmente en la decoración. Esta exhibición arquitectónica y ornamental respondía a la instalación de un nuevo referente estético y urbanístico que comenzaba a ser deseable por parte de la élite de época, transformándose de paso en un poderoso argumento para la compra de sitios en el sector.

### Alameda sur poniente como escenario de aspiraciones diferenciadas

Si nos detenemos en el palacio mismo, vemos que, a primera vista, ocupaba la máxima superficie del terreno, llegando hasta la línea de la vereda y con un retiro de balcón terraza. Respondía a un dominante estilo neoclásico, que ya había sido empleado en obras semejantes en el sector, como el palacio de Eugenio Ossa ubicado en la Alameda esquina Dieciocho. Para este palacio se continuó empleando el lenguaje de obras previas, pero con la licencia que el eclecticismo otorgaba a las residencias, es decir, omitir la simpleza y tosquedad de todas las formas preexistentes. Bajo esta premisa, la fachada (Figura 2) presenta un zócalo continuo rematado con una baranda que entreteteje la terraza de borde. El acceso principal al palacio se organiza en una escalinata que recrea una *loggia* italiana y, curiosamente, los muros del palacio no repiten su composición con las mismas e importantes columnas, sino que el orden es establecido con las ventanas y por consiguiente, es en cada vano donde se incluye un marco a modo de portal con el remate del arquitrabe.



**Figura 3.** Alberto Orrego Luco, “Tarde en la Alameda” (detalle), c.1895. Colección particular  
**Figure 3.** Alberto Orrego Luco’s painting, “Tarde en la Alameda” (detail), 1895. Private collection.

La fachada del palacio, hacia la Alameda, fue posible de reconstruir a partir de una secuencia cronológica de fotografías y pinturas comprendidas entre 1880 y 1907 (Figuras 3 y 4) que, a la vez, ponen en evidencia la transformación estilística del entorno a partir de su construcción. A través de las imágenes puede concluirse que el acento ecléctico del palacio Vergara se resume en las ventanas. La decoración marca las diferencias a grandes rasgos, por ejemplo entre el primer y el segundo piso, pero luego se advierte que las funciones de los ambientes tam-



**Figura 4.** Carlos Brandt, “Postal del Palacio Vergara”, c.1907. Archivo particular.

**Figure 4.** Carlos Brandt’s photography, “Postal del Palacio Vergara”, c. 1907. Private collection.

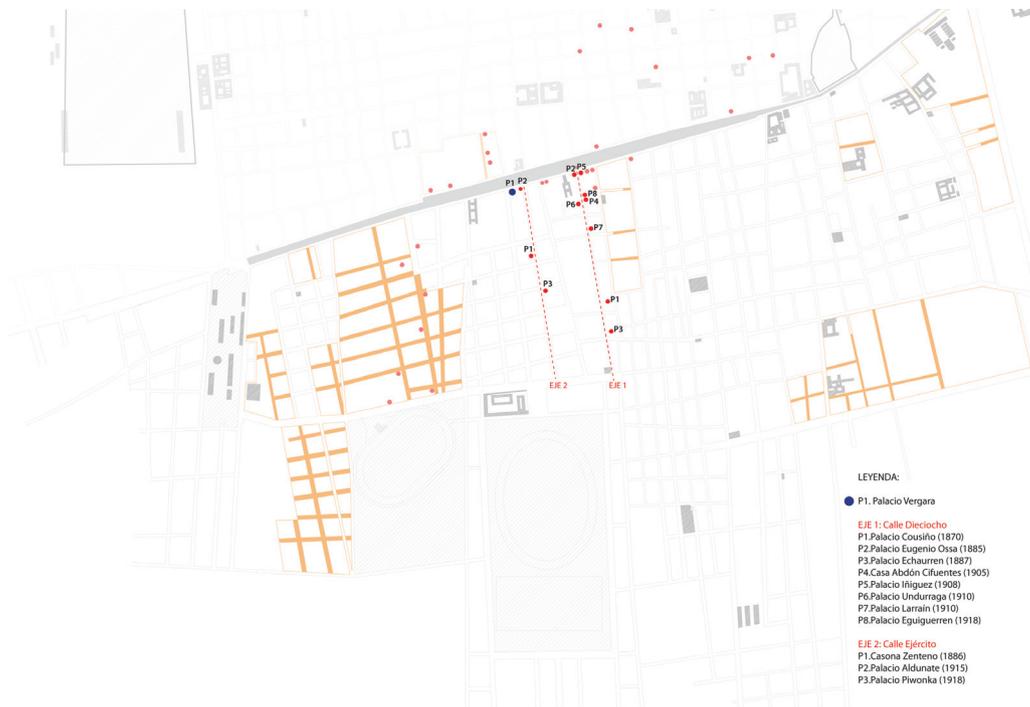
bién se dejan en evidencia a través de la ornamentación. En este sentido, las decoraciones del pórtico de entrada difieren de las que corresponden a ambientes adyacentes. Por su parte, las ventanas de la esquina poseen tamaños y proporciones distintas, además de incluir elementos decorativos diferentes a los de las otras fachadas, como más molduras y ménsulas. En resumen, las operatorias estéticas eclécticas del período buscaban “recargar la decoración para diferenciarse” (Gutiérrez y Gutiérrez, 2000, p. 166).

Con esta secuencia de imágenes se demuestra que la edificación del palacio Vergara (como sus pares anteriores) marcó un hito social en un Santiago que parecía “despegarse” cada vez más del colonialismo español, porque mostró formas arquitectónicas inéditas y complejas para el entorno, en una ciudad dependiente económica y culturalmente, que aspiraba a transformarse en una urbe a lo europeo. Por cierto, es un ejemplo varias veces repetido



**Figura 5.** Plano síntesis que destaca los palacios con relación a los espacios de uso público y la Alameda (1860-1920).

**Figure 5.** Summary plan that highlights the palaces in relation to public spaces and the Alameda, (1860-1920).



**Figura 6.** Plano de conformación de los barrios en función de la concentración de los palacios en ejes perpendiculares a la Alameda (1870-1918).

**Figure 6.** Plan of the structure of the neighborhoods based on the concentration of mansions on perpendicular axes of the Alameda (1870-1918).

en otras obras en ciudades como Río de Janeiro o Buenos Aires. Sin embargo, y de manera especial, se puede afirmar una sustancial diferencia, puesto que en Chile el eclecticismo fue utilizado como soporte visual aparente a una vivienda producto de la más desenfadada especulación: las llamadas *cités*<sup>13</sup> en Santiago (Goldemberg, 1995, p. 13).

Más allá de los negocios inmobiliarios concretados, el palacio Vergara, al igual que los otros palacios de este periodo, definía la distancia entre sus dueños —la élite— y el resto de la sociedad chilena, expresada en la construcción de las fachadas. En consecuencia, las calles de este nuevo trazado urbano estaban destinadas a constituirse en uno de los principales escenarios de representación, donde los edificios dialogarían de igual a igual entre sí, conformándose en una orquesta cuyos instrumentos logran armonizarse. Así, la distinción cobraría un efecto multiplicador en la ciudad, pudiendo las calles transformarse en un juego de espejos, donde se reflejaría y reconocería la élite santiaguina. En este sentido, la construcción de los palacios, al igual que otra estrategia distintiva, también es un gesto de asimilación de los pares, reales o aspiracionales, en la medida de que no solo produce una diferencia con otras construcciones sino que construye una frontera simbólica entre un “nosotros” y un “otro”.

Curiosamente, la paulatina construcción de palacios fue sucediendo sobre ejes perpendiculares a la Alameda, generando nuevos barrios, como lo son, entre otros, Dieciocho y más tarde Ejército (Figuras 5 y 6).

Bajo esta lógica, la calle Ejército pudo haber alcanzado un resultado fastuoso, donde se pudieron replicar más palacios hacia el sur, tal como el conjunto que conformaban las construcciones ubicadas en la Alameda, como por ejemplo las fachadas del palacio Vergara y del palacio Aldunate. Sin embargo, la Figura 1 muestra una lenta conformación de este barrio y una aún más lenta secuencia temporal de palacios levantados, que se demora casi cincuenta años en materializar solo tres ejemplos (palacio Zenteno, 1886; palacio Aldunate, 1895; palacio Piwonka, 1917). Por ende, las otras viviendas que se edificaron a lo largo de esta calle durante este medio siglo conformaron una continuidad no tan ostentosa de arquitecturas en cuanto a decoración de sus fachadas, como las “residencias promotoras”, sino que mostraron una racionalización de las formas que, elocuentemente, adhirió a las ideas racionalistas o funcionalistas que fueron dejando al eclecticismo en el olvido.

<sup>13</sup> Pequeñas viviendas de una o dos plantas que ventilaban a estrechos espacios de uso común y que contaban con patios individuales mínimos. Esta tipología posibilitaba edificar, con alta densidad, la manzana en su totalidad.

## Conclusiones

Gracias a un exhaustivo análisis de los registros notariales de compraventa de sitios de la época, fue posible determinar los reales alcances de una operación inmobiliaria que se materializó en uno de los principales reductos de la élite de finales del siglo XIX y principios del XX. De este modo, los palacios impactan tanto en el desarrollo urbano como en una nueva relación económica con el suelo, convirtiéndose en lo que podemos denominar “polos de desarrollo”. Así, la plusvalía del sector y el loteo pueden considerarse como elementos profundamente modernizadores, los que en su expresión dan a la estratificación social una dimensión simbólica y material. Sin embargo, puede haber existido un desfase entre las expectativas del proyecto y su concreción, puesto que solo se contabilizaron tres residencias que calzaban con la denominación de “palacio” a finales de la década de 1910. En el caso particular del palacio Vergara, este se conforma en sus efectos, más que en su intención, como una nueva forma de tematizar el espacio urbano, como un campo físico de expresión de la influencia y poder social.

En términos estrictamente arquitectónicos, es interesante destacar que la suntuosidad de del palacio Vergara contrastaba con el resto de la ciudad que se construía conjuntamente, dejándonos frente a un caso de “dialéctica discordante” (Segre, 1986, p. 193). Por ende, podemos suponer que la élite santiaguina ahondó en sus propios intereses económicos y aspiraciones estilísticas diferenciadoras, omitiendo fomentar en los profesionales extranjeros que contrataba una verdadera transformación funcional de sus viviendas,<sup>14</sup> como tampoco reconocer nuevos materiales y sus potencialidades técnicas.<sup>15</sup> Por tanto, la morfología culminaba en cierta anarquía compositiva, incluyendo en los palacios elementos como bóvedas islámicas, frontis griegos y mansardas francesas, mientras que la organización espacial seguía, en un principio, una tradicional secuencia de patios rodeados de ambientes.<sup>16</sup> En otras palabras, la dialéctica entre la técnica y los contenidos ideológicos mantenía una encrucijada: se continuaban repitiendo materiales y técnicas propias, acuñando formas ajenas de un pasado que no heredaron, sino que se apropiaron (Bergot, 2009).

## Referencias

BERGOT, S. 2009. Unidad y distinción: el eclecticismo en Santiago en la segunda mitad del siglo XIX. *Revista 180*, 23:32-35.

- DE RAMÓN, A. 1985. Estudio de la periferia urbana: Santiago de Chile 1850-1900. *Historia*, 20:199-294.
- DE RAMÓN, A. 2000. *Santiago de Chile*. Santiago, Ed. Sudamericana, 287 p.
- GOLDEMBERG, J. 1995. *Eclecticismo en Buenos Aires*. Buenos Aires, Ediciones FAU-UBA, 178 p.
- GUTIÉRREZ, R.; GUTIÉRREZ, R. 2000. *Historia del arte iberoamericano*. Barcelona, Lunwerg Editores, 394 p.
- HIDALGO, R.; ERRÁZURIZ, T.; BOOTH, R. 2005. Las viviendas de la beneficencia católica en Santiago: instituciones constructoras y efectos urbanos (1890-1920). *Historia*, 38(2):327-366.
- IMAS, F.; ROJAS, M. 2012. *Palacios al norte de la Alameda: el sueño del París americano*. Santiago, ARC Editores, 253 p.
- LABORDE, M. 2004. El barrio de la vanguardia liberal. In: DIRECCIÓN DE OBRAS MUNICIPALES DE SANTIAGO, *Santiago Sur Poniente: barrio universitario, desarrollo urbano y patrimonio*. Santiago, Ilustre Municipalidad de Santiago, p. 47-55.
- LEÓN, R. 1975. *Historia de Santiago, tomo II (La República)*. Santiago, Imprenta Ricardo Neupert, 263 p.
- MUJICA, J. 1980. *Nobleza colonial en Chile*. Santiago, Editorial Zamorano y Caperán, 385 p.
- PÉREZ, F. 2002. Presencia francesa en el patrimonio urbano y arquitectónico chileno: de la independencia al Centenario. In: Seminario El Patrimonio Arquitectónico y urbano de Santiago, *Chile y Francia 1850-2002*. Santiago, Universidad Diego Portales, p. 14-21.
- PONCE, P.; AMADORI, A. 2008. Historiografía sobre élites en la América Hispana: 1992-2005. Disponible en: <http://nuevomundo.revues.org/38773>. Acceso el: 01/07/2014.
- SEGRE, A. 1986. *América Latina en su arquitectura*. Madrid, Siglo XXI Editores, 317 p.
- STABILI, M.R. 2003. *El sentimiento aristocrático: élites chilenas frente al espejo (1860-1960)*. Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 571 p.
- WAISMAN, M. 1990. *El interior de la historia*. Bogotá, Escala, 141 p.

Submitido: 23/05/2014

Aceito: 25/11/2014

### Solène Bergot

Universidad Andrés Bello

Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales

Fernández Concha 700, Las Condes, 7591538, Santiago, Chile.

### Enrique Vergara

Universidad Diego Portales

Facultad de Arquitectura, Arte y Diseño

República 180, 8370074, Santiago, Chile

### Marcelo Vizcaino

Universidad Diego Portales

Facultad de Arquitectura, Arte y Diseño

República 180, 8370074, Santiago, Chile

<sup>14</sup> Marina Waisman, entre otros autores, afirma que la tipología de la vivienda durante *la belle époque* en Latinoamérica siguió conservando la misma tipología funcional que su antecesora, cambiándose únicamente la fachada, como se puede apreciar, en Santiago, en el ejemplo del palacio de La Alhambra. Ver: Waisman (1990, p. 76).

<sup>15</sup> Por ejemplo, no es sino hasta 1917 que el hormigón armado comenzó a ser utilizado en Chile, siendo el Club de la Unión, inaugurado en 1925, el primer edificio en emplearlo.

<sup>16</sup> Ejemplos de esta “tipología híbrida” se pueden apreciar en el libro recopilatorio de Imas y Rojas (2012).